

La República Dominicana, siguiendo la pauta de justas reivindicaciones, de pleitesía al verdadero mérito, señalada por nuestro ilustre Benefactor el Generalísimo Trujillo Molina, ha decidido colaborar, activamente, en el homenaje que celebrarán las naciones todas del continente americano con motivo del centenario de su nacimiento. Se construirá una cripta para sus sagrados despojos; se publicará un libro, "HOSTOS EN SANTO DOMINGO"; se hará una emisión especial de sellos postales y se levantará un busto a su memoria. Ello dirá a las presentes y futuras generaciones, de nuestro cariño, de nuestra inmensa gratitud para quien tanto amó

a Santo Domingo y tanto hizo por su cultura y su civilización.

Hostos resurge, hoy en día, por todas partes. En todos los pueblos cultos, tanto en América como en Europa, se le estudia, se le analiza, se le comenta, se ensayan los métodos pedagógicos por él aconsejados. A la inmensa cantera, a la rica mina que constituye su obra, acuden, presurosos, de las mas distintas regiones, aventureros espirituales, investigadores, sabios que van extrayendo los tesoros, pasados inadvertidos en el primer momento. Así se confirma, una vez más, la verdad del pensamiento magnífico de Goethe: "solo lo que es fecundo es verdadero".

## LA PRIMERA PIEDRA

Pensamiento formulado por el Dr. Fed. Henríquez i Carvajal, Presidente de la Junta del Centenario, ante la primera piedra del monumento que se erigirá a la memoria i en honor del Maestro.

Jesús el Galileo, Jesús el Cristo, díjole al pri-

mero de sus discípulos: "Simón, tu eres Pedro, i sobre esta piedra edificaré mi iglesia". I yo, en este acto, os digo: Sobre esa piedra se alzaré el monumento del amado Maestro como perenne ejemplo i para edificación final del alma dominicana.

## EN EL CEMENTERIO

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL LIC. VIRGILIO DIAZ ORDOÑEZ, SECRETARIO DE ESTADO DE JUSTICIA, EDUCACION PUBLICA Y BELLAS ARTES, EN REPRESENTACION DEL PODER EJECUTIVO, ANTE LA TUMBA DE HOSTOS.

Señores:

El Pueblo Dominicano, al cual con orgullo pertenecemos, y el Poder Ejecutivo del Gobierno Dominicano, con cuya representación me honro en este acto solemne, comparecen, cívicamente unidos, ante la tumba de Eugenio María de Hostos, en evidente demostración de que la simiente evangelizadora del gran educador y luminoso reformador no cayó en surcos estériles sobre la tierra de los trinitarios!

Perfiles hostosianos muestra la nueva era que vive nuestro pueblo, era de paz moral, de paz jurídica, de paz política y de paz social. Y he aquí, señores, que a cien años de distancia de un nacimiento que debió sacudir con jubiloso estremecimiento la entraña vaticinadora de todas las Américas, venimos hasta la última morada de los despojos del gran sembrador no tan solo a depositar flores de eternal cariño sino también a ofrendar algo que ha de ser más caro a su memoria: sus enseñanzas cuajadas en redondez de pomas y en madurez de frutos

Hay hombres que hacen en vida su propia estatua y dejan escrita su propia apología. Ningún pedazo de noble mármol, aún animado por la mano del más genial de los artistas, lograría

reproducir en la piedra esa monumental concepción del Maestro que Hostos dejó esculpida en el espíritu del Continente. Ningún discurso apoloético hablaría en su honor más y mejor que las bocas de cien lenguas de sus libros inmortales.

La cultura nacional dominicana es más vieja que nuestra misma independencia, en tal grado que nuestra soberanía es el fruto de aquella flor de intelecto que se deshojó en trance de maternidad en las postrimerías del coloniaje y que retoñó gloriosamente en la gesta restauradora. Pero cierto es, también, que hacia el fin del siglo XIX la obra de Hostos en la República Dominicana influyó grandemente en la historia del pensamiento nacional. Dejemos a la crítica histórica el decidir acerca de la oportunidad de las reformas por él preconizadas en la esfera social, religiosa y política. Pero rindamos, como ayer y como siempre, nuestra agradecida admiración ante aquel señero espíritu que fué generosa simiente, enraizada, por ley de la vida, a una isla, Puerto Rico, y que se tendió en florecida rama sobre todo el archipiélago y se prolongó sobre el Continente hasta transformar en pérgola florida la pétrea eternidad de los Andes.

Educador y americanista, sin limitaciones nacionalistas ni valladares de regionalismo, sus ho-



rizontes espirituales pudieron medirse con los de Bolívar, el Maestro de la Libertad, y con los de Martí, el Maestro del Ideal.

Contribuyó a hacer de América el Continente de la Esperanza, la tierra de todos, el Continente donde todos los hombres del mundo se sienten compatriotas y todas las sangres parecen rodar al latido de un solo corazón; la tierra donde las selvas son regazos maternos, donde los volcanes son faros de la Libertad y donde las pampas se tienden hasta el horizonte y tocan el cielo como si fueran caminos que llevan a Dios.

Para eso, del trigo candeal de su espíritu hizo pan de intelecto, y lo repartió cristianamente en una sagrada cena sin beso de Judas ni presagios de Calvario. Para eso, de cada tierra

que holló su planta y conmovió su verbo hizo una jovial Galilea donde todo discípulo encarnó un Juan evangelizador.

Eugenio María de Hostos:

Soy discípulo de tus discípulos; nutro mi espíritu en la perenne multiplicación de tus panes, e hijo de una tierra americana a la cual te diste con mayor generosidad en amor y ciencia, yo humedezco mis palabras en el luminoso Jordán de tus huellas y las tiendo hacia tí, cargadas con la carga sin peso de una plegaria que América, la patria de todos, ofrenda a la inmortalidad de tu gloria!

11 enero 1939.

## ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

### LA PALABRA DEL MAESTRO

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA, EN EL ACTO CELEBRADO POR ELLA EN LA SALA BARALT DE LA BIBLIOTECA PUBLICA, LA NOCHE DEL 14 DE ENERO, COMO SU HOMENAJE A HOSTOS EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO.

Bienvenidos seais, Damas i Caballeros, i gracias ~~les~~ doy por vuestra asistencia a este acto académico en honor del Maestro de Maestros. Con vuestra presencia le dáis, sin duda, mayor solemnidad a este acto público i solemne.

Dos actos, acaso los de mayor relieve, han sido celebrados, en este antiguo edificio que ha sido un templo sucesivamente en tres distintos momentos históricos: como Tercera Orden Dominicana, como Escuela Normal de Santo Domingo i como Biblioteca Pública. A dos discípulos de Hostos, únicos supervivientes del primer grupo de normalistas investidos en 1884, se les confió el discurso de orden en ambos actos respectivamente. Al uno el Dr. Arturo Grullón en el acto de la colocación de la primera piedra en donde se erigirá el monumento en honor del Maestro esclarecido; al otro, el Señor don Félix E. Mejía, en este acto académico. El uno destacó la noble figura de Hostos, como bueno i sabio, en su obra i en su vida escolar i hogareña; el otro nos lo mostrará esta noche, como sabio i bueno, en su obra i en su vida de peregrino del ideal antillano i de maestro i fundador de la enseñanza racional en la República.

Con ambos discursos bastaría para poner a plena luz la vida i la obra del Maestro Dominicano, Prócer Antillano i Ciudadano de América. Debo, sin embargo, —pues hasta ahora solo he pronunciado un discurso en cinco líneas en relación con la piedra simbólica del monumento

glorificador— decir algunas palabras como mi homenaje i mi ofrenda cordial a quien fué también mi amigo i mi maestro en las nuevas disciplinas de su sistema de enseñanza.

Daré con ellas contestación a una pregunta que se me ha dirigido ahora como otras veces: "Cómo ha visto i ve usted al señor Hostos?". I respondo: Siempre lo ví i aun lo veo de alma entera. Así lo ví siempre porque estuve, en un lapso de veintiocho años, muy cerca de él, junto a él, a su lado; nunca en frente i tampoco a sus espaldas. Era bueno. Era sabio. Era justo.

Así lo ví cuando, en mayo de 1875, llegó a Puerto de Plata i el Dr. Ramón Emeterio Betances, el Antillano, mi noble amigo, hizo su presentación en la morada del General Gregorio Luperón, enfermo, a este prócer restaurador, a Segundo Imbert i a mí. Florecía la primavera cuando, a la luz de la luna, mientras se oía el rumor de las olas del vecino mar cantor i el susurro de la brisa se deslizaba por la esmeralda de la loma vecina, en la Plaza Duarte de la ciudad porteña me comunicó, a mí el primero, su docto plan de Escuela Normal de Maestros con su sistema de educación moral i cívica i su enseñanza racional i láica.

Noto que estoy hablando de mí mientras discuro i hablo del amado Maestro. Eso así por que yo siempre, ya lo dije, estuve a su lado. Se me ocurre que a los noventa años bien se puede hablar de sí mismo, como si fuese de un terce-

